

«FRONTERA». Novela de *Luis Durand*, Nascimento.

Hay libros que nos conquistan por su maestría, otros por la amenidad, algunos por la simpatía. En esta última clasificación habría que ubicar el libro de Luis Durand, «Frontera», novela que circula profusamente y es el éxito del año. Es seguramente esta la obra cumbre de Durand. Abarca un vasto escenario, mueve protagonistas y masas humanas, entran en juego fuerzas poderosas, y el autor logra manejar todo el conjunto con facilidad. No aparece el esfuerzo, el planeamiento de la obra, y el interés y la amenidad nos llevan de la mano hasta el fin.

La colonización por los chilenos de la Frontera, esa formidable región que comprende desde Arauco a Cautín, donde los aborígenes resistieron la penetración del blanco hasta fines del siglo pasado, y donde aun se conservan intactos en sus reductos, es el tema épico de la novela. Tema de vastas proporciones, que requería condiciones singulares para ser resuelto con éxito. Y Durand está a la altura de su empresa. Desde luego, hay que reconocer que Durand acertó a fondo en la elección de su tema, lo que es parte principal del buen resultado. Y nos muestra con vigor y claridad, con ese poder convincente que no tiene la historia y corresponde a géneros más artísticos, ese drama formidable, que es una de las epopeyas de la raza.

Las tropas desmovilizadas de la campaña del Pacífico son las que invaden la Frontera, donde el indio había sido dueño del mapu y no había penetrado el blanco. La lucha es a muerte. La civilización penetra armada de corvo y revólver, asaltando y acuchillando a mansalva. En el desorden de esas tierras de con-

quista prospera el bandidaje. El indio es fácilmente rechazado a la profundidad de las selvas, al fondo de cajones cordilleranos. Pero el campo ilimitado, la selva inextricable, ofrecen escenario propicio a saltadores y cuatreros. Los animales caitas, vacunos que vuelven al salvajismo en la espesura de la montaña, son fácil presa del cuatrero. La lucha por las tierras, los linderos fantasmas que ambulan en las noches, todo hace que los instintos de lucha salgan a relucir y se manifiesten en riñas, asaltos y malones. Es un desorden análogo al de la época feudal, en que cada señor de la tierra arma a sus huestes y sale a apoderarse de todo lo que su vigor le entrega. Y esos conquistadores de la tierra viven en constante lucha con el ambiente, endureciendo los músculos y las almas, pues sólo la fuerza, la astucia, el coraje, permiten sobrevivir y prosperar entre las violencias desatadas.

La doma de potros carreras, topeaduras, los largos viajes, las riñas sin más causa que probar la hombría y agresividad, son el pan de cada día. Pero no todo ha de ser lucha y sacrificio. Las compensaciones las ofrece el amor, que brinda sus rojos frutos en las espesuras, ya en los contornos firmes y bronceados de las araucanas, o en el cutis blanco y las cabelleras rubias de las colonizadoras. Allí comienza a llegar gente de todas las razas, como a las tierras de conquista y se funda un pueblo viril y áspero, que irá en el tiempo puliendo y suavizando la cultura. Otra compensación a esa vida abrupta, está en la prodigalidad de la naturaleza, que ofrece meriendas inagotables a toda esa gente, cuyos apetitos se exasperan en la rudeza del ambiente y la actividad continua. Vemos desfilas las succulentas viandas, las fuentes y bandejas de huevos, asados, verduras, legumbres. Esa gente lo devora todo,

pues necesita muchas calorías para resistir lluvias y nevadas, para abrir las trochas en las selvas, para incorporarse en cualquier momento a desencadenar o resistir el malón.

Un aspecto que se acentúa y desarrolla en Durand es el trazado de tipos femeninos plenos de simpatía y seducción. Durand se acerca a las mujeres con honda ternura, con adoración en que parecen bullir muchas pasiones regolfadas, y entrega figuras adorables, plenas de vida y emoción. Tales las Niñas Sol, Terencia Tagle y varias otras, que ponen su perfume, su gracia y hechizo en ese ambiente convulsionado y violento. La muerte de la mujer de Anselmo Mendoza cala hondo en las emociones del lector. Hay muchas escenas de amor bellamente descritas, que ponen sus paréntesis de honda emotividad en el relato.

La cualidad más honda de Durand, su fidelidad auditiva para retener el matiz y los tonos de las expresiones populares, campea triunfalmente en esta novela. Ha llegado a la maestría en la materia. El hombre del pueblo, el indio, el colono, el bandido, todos hallan sus expresiones justas. Archivo fonético, en que oímos desfilan toda la gama de los caracteres, de las intenciones, las socarronerías. En la voz se refleja el matiz mismo del alma, las modalidades temperamentales, la índole de los sentimientos. Toda la psicología se vacía en la onda sonora y las modalidades de expresión, como la flor que se vuelca en su perfume. Y Durand no necesita analizar mucho a sus personajes, como un pedante dómine con sus tests y sus textos. Le basta con hacer actuar y hablar a su gente, y ya se sale de las páginas para que pase ante nosotros el río turbulento de la vida.—DAVID PERRY B.